

KIRSTY
GREENWOOD

Mi amor
entre páginas

Traducido del inglés por Eva González Rosales



PRÓLOGO

Hay un tipo raro en mi sofá.

Un vaquero.

Un vaquero *sin camisa*, ni más ni menos, con sus grandes músculos bronceados a la vista, lleno de moratones y de lo que parecen manchas de carbón.

No grito. Siempre pensé que gritaría en una situación así (si alguien entrara en mi casa, por ejemplo, si un vaquero apareciera de repente en mi salón, ante un potencial e inminente asesinato). En lugar de eso, agarro lo que tengo más cerca para tapar mi desnudez. Por supuesto, es la boina roja con la araña que acabo de comprarle a la señora Casablan-cas. Una de las larguiruchas patas de la araña, confeccionada con un limpiapipas, se me clava en el interior del muslo. Ay.

—Vete, por favor —le digo al desconocido, con la voz temblorosa y dos octavas más aguda de lo normal—. Yo no... no sé qué estás haciendo en mi casa, a qué has venido, pero no deberías estar aquí y tienes que marcharte de inmediato.

¿Cómo ha conseguido entrar? Miro de soslayo la puerta, que está cerrada por dentro, como siempre. La venta-

na está abierta, pero mi apartamento se encuentra en la cuarta planta del edificio. ¿Ha... ha escalado la fachada?

El hombre clava sus ojos, ilegibles bajo la sombra de su sombrero Stetson, en los míos. Parpadea como si acabara de despertarse y aparta rápidamente la mirada de mi cuerpo desnudo, lo que me parece inesperadamente respetuoso teniendo en cuenta que se trata de un intruso que ha entrado en mi casa con la idea de asesinarme. Puede que no sea un asesino entonces... ¿Un ladrón, quizá?

—Si... si eres un ladrón, a kilómetro y medio de aquí tienes opciones mucho mejores —le indico, hablando a trompicones—. Yo solo soy escritora. Todo lo que poseo solo tiene valor sentimental. —Señalo la tele—. Puedes quedarte el televisor si quieres, aunque es bastante viejo. La pantalla no es OLED. Seguro que hay tecnología mucho mejor en las casas de Marylebone. Apuesto a que allí también tienen montones de joyas. Cuberterías de plata y Birkins auténticos, si eso es lo que buscas. Hay una casa muy elegante en...

Cierro la boca cuando se me ocurre que este no es el momento ni el lugar para intentar ser servicial.

El vaquero se mira las botas polvorientas, con el ceño fruncido. Se pasa una mano por el bozo de la mandíbula y no puedo evitar notar que es una mandíbula excelente, tanto como puede serlo una mandíbula.

Espabila, Gertie.

—Si te marchas ya, te prometo que no llamaré a la policía —le digo, intentando que mi voz exprese algo de seriedad, pero fracaso.

Es mentira. Por supuesto que voy a llamar a la policía. Alguien tiene que advertir a los residentes de Marylebone para que cierren sus puertas con llave.

El hombre se levanta del sofá, casi golpeando el techo con su sombrero Stetson marrón oscuro. Avanza un paso.

—¡No me mates, por favor! —grito—. Puede que *justo ahora* no tenga muchas razones por las que vivir, pero no quiero morir.

Tengo una breve visión de mi funeral. ¿Lloraría Henry si me muriera? Claro que lloraría. ¿*Verdad?*

El vaquero mantiene la mirada fija en el suelo mientras levanta la mano e inclina el sombrero despacio en mi dirección.

—Señora —dice, con acento norteamericano y una voz imposiblemente grave—. No planeo asesinarla. —Mira la ventana abierta con los ojos entornados, confuso—. Pero voy a necesitar que me diga una cosa ahora mismo... ¿Dónde diablos estoy?

Capítulo uno

24 horas antes

Siempre he creído que la clave para ser una buena escritora de novela romántica es poseer una fe verdadera e inquebrantable en los conceptos sobre los que escribes: desde los primeros besos que lo cambian todo hasta los finales felices conseguidos con mucho esfuerzo; desde las relaciones que se desarrollan tan agonizantemente despacio que te dan ganas de chillar hasta la idea de que todos los corazones humanos tienen su media naranja. Una buena escritora de novela romántica tiene que creer sinceramente que, a pesar de (afrontémoslo) la enorme cantidad de pruebas de lo contrario, el amor es *de verdad* lo único que necesitas. Incluso en los días oscuros. Incluso cuando la vida se te hace un poco cuesta arriba. Incluso entonces, tienes que estar segura de que pasarte la vida creando personajes de ficción para que se enamoren de otros personajes de ficción merece totalmente la pena. Tienes que mantenerte firme en la convicción de que tus historias son importantes, de que proporcionan alegría y hacen que

los lectores se sientan mejor y más esperanzados de lo que se sentían antes de experimentar lo que tú escribiste para ellos. La literatura romántica no es para los cínicos. Para ser buena en este trabajo, tienes que estar completa y totalmente, sin albergar duda alguna, enamorada del amor. Tienes que ser una auténtica creyente.

Y yo, Gertie Bickerstaff, era una auténtica creyente. La mejor. Estaba totalmente enamorada del amor.

Se me daba bien, además. Tres años y medio de relación con el encantador, atractivo y maduro Henry Irving. Cuatro novelas románticas publicadas en mi haber. Un lavabo doble en un ático minúsculo pero divino en Bloomsbury. ¿Podría decirse que estaba petándolo en el amor? Sí. ¿Estaba yo, quizá, un poquitito subida porque estaba petándolo en el amor? También. ¿Me sorprendió que Henry me expresara de repente que necesitaba un tiempo porque se sentía «emocionalmente apático» en nuestra relación? Oh, sí. Cuando pronunció esas palabras en voz alta, se me cayó el trozo de pastel de chocolate que estaba engullendo y chillé: «¿Quéééééé? ¡Nooo!» como si estuviera en una serie de la tele.

«Emocionalmente apático». Brutal.

Me lo tengo bien merecido por ser tan arrogante.

Ahora, cuatro semanas después, mi condición de auténtica creyente en el amor se ha visto gravemente afectada. Me siento a la mesa de la cocina y miro fijamente mi portátil, intentando escribir algo sin conseguirlo. Mantengo las manos en el aire, ansiosas por caer sobre el teclado, por presionar unas letras que formen palabras que formen frases que formen capítulos que formen el último libro de

mi saga romántica *Arroyo del Caos*, destinada a aterrizar en la mesa de mi editora en exactamente doce días.

—Vamos, chicos —murmuro, instando a mis personajes a decir o hacer o sentir o pensar algo, esperando la llegada de incluso la más mínima inspiración—. ¡Tengo una fecha de entrega!

Pero mi protagonista, Cassidy Oakley, y su interés romántico, Ethan Calhoun, se niegan a hacer nada... Siguen como estatuas en la escena final del último libro que escribí de *Arroyo del Caos*.

Mi imagen mental, normalmente tan intensa mientras escribo, se ha desvaído hasta convertirse en una foto fija en escala de grises. Mi querida Cassidy está en completo silencio, totalmente quieta. La película se ha pausado en mi cabeza, y por eso las palabras no acuden a mí.

Me dejo caer sobre la encimera mientras me preparo una taza de té y veo mi reflejo en el brillante acero de la tetera. Mi rostro, ahora permanentemente húmedo por las lágrimas, está serio y enrojecido; mi largo cabello rubio oscuro es un nido de pájaros despeinado, y las cejas están a punto de convertirse en *ceja*, en singular.

Expulso el aire de las mejillas. Dios, últimamente soy como un fin de semana lluvioso. Me arrastro por el apartamento dejando en mi estela un rastro de pañuelos empapados en lágrimas. Y, por supuesto, después del arrastrarse y del llanto llega la inevitable oleada de vergüenza. Una mujer más fría, más valiente y más independiente usaría esta ruptura como un catalizador para conseguir cosas mejores, como una oportunidad para crecer, un nuevo comienzo. Yo quiero ser *esa* mujer. Ojalá fuera esa mu-

jer. Dios sabe que he intentado ser esa mujer, pero parece que no puedo conseguirlo debido a..., bueno, a mi personalidad.

Tomo aire profundamente e intento hacer acopio de un poco de rabia en mis tripas, encontrar algún atisbo de esperanza o de entusiasmo, cualquier cosa que no sea esta patética y llorosa inercia en la que llevo sumida un mes entero.

—Recomponete, Gert —riño a mi distorsionado reflejo en la tetera—. ¡Sé fuerte! ¿Qué haría una valiente heroína en esta situación? ¿Qué haría Florence Pugh?

En respuesta, un nuevo cargamento de lágrimas se me abre paso hasta los ojos, esta vez acompañado por una asquerosa burbujita de moco en la fosa nasal.

Ya. Está claro que yo no soy la protagonista.

Capítulo dos

Cuando estar en pareja es lo único que has conocido, quedarte inesperadamente soltera es difícil de sobrellevar. Pasarme la vida entera siendo la devota compañera de aventuras de mi hermana mayor, Josie, me enseñó que afrontar la vida entre dos era mejor en todos los sentidos posibles. La valentía de Josie compensaba mi reticencia. Mi prudencia la mantenía alejada (casi siempre) de los problemas. Mi tendencia natural a fundirme con el fondo se veía equilibrada por el deseo de Josie de tener los focos sobre su persona. A ella le encantaba cocinar, a mí me encantaba comer; yo era el ping, ella era el pong. Tenía sentido. Con Josie, la dicha era el doble de dichosa, y el dolor, la mitad de doloroso. A mí me parecía que salía a cuenta. Dos era claramente mejor que uno. Así que, cuando conocí al atractivo y seguro de sí mismo Henry diez días después de que Josie muriera, me pareció lógico, además de un consuelo y una distracción perfecta, convertirme en su devota compañera de aventuras. Pero ahora él también se ha ido. Y, para un ser humano cuya alma solo se completa siendo la otra mitad de algo, la repentina ausen-

cia de esa otra mitad implica dejar de funcionar como es debido. Soy un cincuenta por ciento menos de lo que era antes. Y me he vuelto..., bueno, un poquito loca.

Por ejemplo, aquí hay tres cosas un *poquito locas* que he estado haciendo desde que Henry se marchó el mes pasado:

1. Llevar gafas de sol graduadas dentro de casa durante todo el día porque el verano es la estación más romántica de todas y, en estas circunstancias, el implacable sol de agosto me parece odioso, burlón e insoportable. Cada vez que me pongo las gafas canto: «Hello, darkness, my old friend», y eso me hace sentir un poco mejor durante un par de segundos.
2. Beber no menos de cuatro cócteles caseros bien cargados cada noche (estoy probando todas las recetas de Stanley Tucci del confinamiento), pedir algo de comida a domicilio que lleve carne, ponerme los auriculares y escuchar *End of the Road*, de Boyz II Men. Después vago lánguidamente por el apartamento, suspirando con tristeza de vez en cuando y comiendo carne.
3. Ocultarle a Bridget, mi agente literaria, que estoy teniendo problemas serios para escribir una sola palabra del último libro de *Arroyo del Caos*, cuya fecha de entrega vence en poco más de dos semanas y no es negociable. Y por el que ya me han pagado, encima.

No ayuda que mi apartamento sea también mi lugar de trabajo y que hasta el último rincón me recuerde al encantador Henry. Esa mesa coja de la cocina donde él se sen-

taba cada mañana para escribir en un cuaderno con tapas de cuero, planificando la novela que llegaría a la preselección de los premios Booker. La cama en la que arrancó y esparció cientos de pétalos de rosas de color rosa como sorpresa de San Valentín. Esa butaca de terciopelo verde oliva en la que me hacía sentarme en su regazo para enterrar la cara en mi cuello y decirme que el mío era su olor favorito del mundo, incluso mejor que el de las cerillas recién apagadas (su anterior olor preferido de todos los tiempos). Ahí, en el frigorífico, está nuestra invitación para el cuarenta cumpleaños de su mejor amigo, Jim, una escapada de fin de semana que yo esperaba con especial ilusión porque me encantan los planes románticos en hoteles elegantes.

Y allí, junto a aquella ventana en voladizo, fue donde lloró y me dijo que yo ya no era suficiente. Que ya no le suponía un reto. Que vivir siempre en nuestra burbuja le estaba abotargando el cerebro. Que yo había empezado a dedicarme tanto a él que a veces se sentía en la obligación de quererme solo por lo mucho que yo lo quería. Allí hizo la horrible declaración sobre la necesidad de separarnos un tiempo. *Arg.*

Y justo allí, junto al enorme póster enmarcado de *Hechizo de luna*, fue donde le supliqué que se quedara. Donde me detuve y observé, horrorizada, cómo salía por la puerta con la maleta con ruedas que ya tenía hecha.

Por supuesto, he intentado salir del apartamento para ir a escribir a una cafetería local o a la London Library o a un banco del parque o, una vez, a la catedral de Winchester, porque es allí donde Jane Austen está enterrada y pensé

que quizá me proporcionaría inspiración. Pero no funcionó. No escribí una sola palabra y terminé gastándome un dinero que no tenía en bebidas, billetes de metro y *merchandising* de Jane Austen de la tienda de regalos de la catedral.

Habría intentado llevarme el portátil a otras partes de la casa, pero vivo en un estudio, lo que significa que desde cualquier punto del apartamento puedo ver el resto. Así que sigo rodeada de recuerdos, recordatorios de un amor perdido que me conducen inexorablemente al bucle Boyz II Men/melancolía/carne que en mi interior sé que me está dañando de modos que todavía no puedo imaginar.

La pantalla del teléfono se ilumina cuando mi agente, Bridget, me llama para su seguimiento semanal. Debería responder. *Tengo* que responder.

Rechazo la llamada.

Unos minutos después me llega un correo electrónico.

¡Solo un saludillo para saber cómo lo llevas! No quiero agobiarte, pero... ¿estás bien, Gertie? No he sabido nada de ti, y esperaba que me mandaras algunas páginas. Por cierto, pregunté en Rockford Press por la renovación del contrato para una nueva saga, pero Eleanor quiere ver primero cómo va el último libro de *Arroyo del Caos*. Sobre todo, porque las ventas del anterior han sido más bajas de lo que esperábamos. ¡Así que este tiene que ser un éxito! ¡Pero no te agobies!

Miro el suelo durante un minuto entero antes de escribir una respuesta.

¡Hola, Bridget! Estoy en la London Library escribiendo, así que no puedo hablar porque no quiero que el bibliotecario me asesine, pero todo va bien. ¡Hablamos pronto! Besos.

Después me encamino a la cocina, saco una taza del estante y abro la alacena donde guardo el alcohol.

Sorpréndeme, Tucci.

Capítulo tres

A la mañana siguiente me despierta de un sueño ligero mi vecina de al lado, la señora Casablancas, aporreándome la puerta. Sé que es ella porque hoy en día nadie más llama a la puerta sin avisar antes, y porque está gritando a través de la cerradura: «¡Gertie, cielo! ¡Soy yo, la señora Casablancas! ¡Ábreme la puerta!». Un ladrido decidido de Achuchón, el revoltoso cruce de chihuahua y carlino que la señora Casablancas se arrepiente en secreto de haber adoptado hace unas semanas, acompaña sus gritos.

Me levanto de la cama con un gemido; el cóctel de más que me tomé anoche hace acto de presencia en mi dolor de cabeza.

—¡Solo un segundo, señora Casablancas! —grazno.

Me obligo a abrir los ojos legañosos, me pongo las gafas de sol graduadas, me echo por encima la bata y arrastro los pies los dos metros que hay hasta la puerta. La abro y me encuentro a la señora Casablancas con un largo y fluido vestido púrpura cubierto de rosas bordadas a mano y un enorme táper en la mano. Achuchón entra

corriendo, directo a mi maceta de piedra, donde levanta la pata trasera, se inclina bruscamente a la izquierda y vacía la vejiga.

—¡Achuchón, no! —La señora Casablancas le riñe con la voz cansada de una mujer que ha dicho lo mismo muchas veces sin que sirva para nada—. ¡Gertie, lo siento mucho!

—¿Eso también lo hace en su casa? —le pregunto con una mueca, mientras cojo papel de cocina para limpiarlo.

—¡No! Me muerde las zapatillas, me roba mis sándwiches Reuben y, como sabes, le gusta ladrar siempre que oye la música de *Las chicas Gilmore*, pero nunca nunca se hace pipí dentro. Debe de ser el olor de la tierra de tu ficus. Le hace creer que está al aire libre.

—Es una planta de plástico.

—¿En serio? Guau. Parece de verdad. A él también debe de parecérselo.

Pienso en pedirle que le ponga la correa a Achuchón cuando lo traiga a mi casa, pero, desde que Henry se marchó y mis personajes dejaron de hablarme, la compañía de la señora Casablancas ha sido mi único bálsamo. No me gusta la idea de hacer algo que provoque que deje de venir a visitarme, ya que me quedaría totalmente sola. Levanto en los brazos el pequeño cuerpo regordete de Achuchón. Me lame la nariz y frota la cara contra mi mejilla.

—Bueno, ya te he perdonado —murmuro, disfrutando de la sensación de su suave calidez en mi cara. Tan pronto como le muestro mi cariño, Achuchón quiere largarse: se revuelve frenéticamente para que lo deje en el suelo y se aleja corriendo de mí para olfatear el perímetro de mi apartamento.

—Eres muy blanda con él. —La señora Casablancas pone los ojos en blanco—. Igual que yo. No me extraña que esté tan malcriado. —Deja el táper sobre la mesa de la cocina y se coloca las manos en las caderas.

La señora Casablancas es como si alguien hubiera dibujado un montón de círculos uno encima de otro y puesto una carita sonriente en el más alto. Todo en ella es total y agradablemente esférico: la cabeza, el pecho, los ojos, el estómago, su rizado cabello plateado, sus tobillos e incluso sus manos, cubiertas de anillos de oro demasiado apretados, que le forman pequeños michelines en los nudillos. La señora Casablancas había sido profesora de Ingeniería Química en el Imperial College London, pero desde su jubilación, hace dos años, ha explorado caminos más creativos.

—¿Qué cócteles probaste anoche? —me pregunta, fijándose en mi estado—. ¿Todos?

—Solo el Tequilatini. —Hago una mueca y me llevo una mano a la frente—. Muy fuerte. Muy rico.

—Como te dije, ese hombre sabe lo que hace, el viejo señor Tucci.

Le echo un vistazo a mi teléfono mientras la señora Casablancas se entretiene abriendo la tapa del táper. Una llamada perdida de Bridget. Nada de Henry. Nada de Henry. *Nada de Henry.*

Apago el teléfono, me cambio las gafas de sol por las gafas normales y contengo la respiración, como hago siempre que la señora Casablancas me enseña los últimos sombreros que ha hecho. Normalmente son temáticos, dependiendo de la estación en la que estemos o de lo que

haya interesado a mi vecina esa semana. A menudo están adornados con lentejuelas, brillantes o perlas recuperados de broches comprados en tiendas de segunda mano. Yo describiría los sombreros como *únicos*, aunque he oído a otros describirlos como «profundamente perturbadores» y, una vez, «más feos que un pecado».

—¡Guau! —exclamo, mientras observo las distintas opciones que me presenta: un fedora rosa hecho con tela de toalla, una gorra de béisbol cubierta de gorras de béisbol en miniatura, un gorro de lana con llamas rojas y naranjas de fieltro en el borde. Me decido por una boina roja con una enorme araña hecha con limpiapipas posada en el lateral. Los ojos de la araña están confeccionados con diminutas esmeraldas verdes. Este no está mal en realidad. Por primera vez desde que empecé a comprarle estos sombreros, me gusta de verdad.

—Es un poco Tim Burton, ¿a que sí? —La señora Casablancas sonrío, quitándome la boina de las manos y poniéndomela en la cabeza—. Me he tragado la serie entera de *Miércoles* y eso ha hecho que resurja mi inclinación natural hacia lo macabro. —Me pasa un espejo de mano con el marco dorado que llevaba en la caja y lo sostiene ante mí.

Parezco una loca.

—¿Te encanta? —me pregunta la señora Casablancas.

—Me encanta —digo con firmeza—. Me lo voy a quedar, gracias.

—Este es un poco más caro, cielo. Por los ojos de esmeralda, ¿sabes? ¿Cincuenta libras te parece bien?

Hago una mueca, pero por dentro. Una vez me entregaron por error el correo de la señora Casablancas y

lo abrí sin querer: era una carta del banco denegándole un préstamo. Londres es cada vez más cara, y, por lo que he leído en Internet, las pensiones del profesorado dejan mucho que desear.

—Es una auténtica ganga —le aseguro.

La señora Casablanco me da un beso de alegría en la mejilla y el conocido olor fresco de su champú de azahar me anima momentáneamente.

—Gertie, eres mi clienta más fiel. Me has alegrado el día... —La mujer hace una mueca y suspira—. Pero me temo que no he venido solo para traerte los maravillosos sombreros. Tengo que decirte una cosa... y no estoy segura de que vaya a gustarte.

Capítulo cuatro

—Oh, Dios, ¿qué pasa?

Me preparo para lo que tenga que decirme. El trauma de la similar declaración de Henry del mes pasado hace que me lata con fuerza el corazón, aunque la señora Casablancas no es el amor de mi vida y seguramente no podría decirme nada que me destrozara tanto como lo hizo Henry. No obstante, empiezan a sudarme las sienes.

—Anoche te... oí —dice la señora Casablancas en voz baja, con una mueca de incomodidad en la boca.

Parpadeo.

—¿Disculpe?

—Te oí en la bañera, Gertie. Llorando. En realidad, yo lo describiría mejor como un sonido quejumbroso.

—Oh, no. ¿Me oyó? ¡Lo siento mucho! ¿La desvelé?

—No fue solo anoche, han sido todas las noches durante treinta días seguidos. Esos lamentos... Empiezan a ponerme los pelos de punta.

La vergüenza me tiñe la cara de un rojo feroz.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —le pregunto—. ¡Habría llorado contra la almohada! ¡Debería haberme dicho que bajara la voz!

La señora Casablanca se encoge de hombros y el movimiento hace que sus largos pendientes de zafiro bailen de un modo muy bonito.

—La primera semana, Henry acababa de marcharse, tenías el corazón roto y necesitabas desahogarte, eso pensé. La segunda semana empezaste a cantar un poco, lo que me pareció una mejoría, aunque las canciones fueran melancólicas. La tercera semana dejaste de cantar y empezaste a llorar más fuerte. Al final, anoche te oí gritar: «Dios mío, ¿por qué yo? ¿Por qué yo? ¡Ayúdame, Jesús!». Y me temo que eso me parece realmente demasiado, sobre todo porque te he invitado a venir conmigo a la iglesia en numerosas ocasiones y nunca has aceptado la invitación, ni una sola vez.

—Anoche estaba borracha —protesto con debilidad. La vergüenza me corretea por todo el cuerpo como un ejército de hormigas—. Además, ahora mismo estoy muy muy triste. Henry y yo llevábamos juntos casi cuatro años. ¡Yo creía que íbamos a casarnos! Creía que envejeceríamos y chochearíamos juntos. Creía que...

—Tienes que recuperarte, Gertie —me interrumpe la señora Casablanca, hablándome claro.

Me llevo las manos a las ardientes mejillas y suspiro.

—Lo sé. Lo sé. Lo intento. Quiero recuperarme. Odio sentirme tan *rota*.

—El desamor es duro; todo el mundo lo sabe. —La señora Casablanca agita una mano con impaciencia—. Procesarlo es necesario, sí, pero... ¿la autocompasión? La autocompasión es como las arenas movedizas: cuanto más te hundes, más difícil te resulta salir.

Me habría gustado decir que no me estoy compadeciendo, pero en mi interior sé que eso no es verdad. Estoy *gozando* de la autocompasión. Me estoy rebozando en ella como Achuchón cuando se revuelca en los charcos de barro de Hyde Park. Es lo único que sé hacer ahora mismo, lo único que evita que me arrastre hasta un amargo cinismo que, para una romántica como yo, sería el beso de la muerte. Si no puedo dejarme arrastrar por un poco de miseria dramática, ¿qué me queda? ¿La fría, reverberante y duramente iluminada realidad de mi vida? No, muchas gracias.

Me miro fijamente los pies y suspiro. *¿Cómo demonios he llegado a esto?*

—¡Acabas de quedarte soltera! —trina la señora Casablancas, eligiendo una galleta de la lata abierta que hay sobre la mesa y dándole delicados bocaditos en los bordes—. ¿No deberías salir con tus amigas? ¿Tener aventuras sin compromiso? ¿Bailar en las discotecas del Soho y darte algún homenaje?

—No soy de esas que tienen relaciones sin compromiso. —Me señalo—. ¿Hasta que la muerte os separe, amén? Lo quiero. Me gustaría mucho. ¿Darme un homenaje con cero conexión emocional? No es para mí.

La señora Casablancas asiente con un pequeño chasquido de lengua.

—De acuerdo, pero ver a tus amigas seguramente te animaría. Al menos, distraería tu solitario corazón. Te ayudaría a comenzar con la siguiente fase de tu vida.

Yo no quiero una siguiente fase en mi vida. Estaba bien en la fase original. Quiero volver a esa fase.

—¿Has llamado a tus amigas? Estoy segura de que se alegrarían de ayudarte en esta época de necesidad.

Me muerdo la comisura del labio. La vergonzosa verdad del asunto es que, desde que conocí a Henry, no sé cómo, pero hice eso tan horrible de dejar a mis amistades abandonadas en la cuneta. Nunca había sido una persona que necesitara una tonelada de amigas porque siempre había tenido a Josie a mi lado, pero las que tenía se habían dissipado a medida que me involucraba en mi relación. Las amistades necesitan mantenimiento, y acurrucarme con Henry me robaba todo el tiempo libre que tenía. Y, cuando no estaba con Henry, estaba enfrascada en las vidas de mis personajes. Nunca jamás estaba sola, lo que significaba que estaba bastante satisfecha.

Pienso en Alicia, a quien conocí el año pasado en una fiesta de la editorial. Quedamos para ir al cine, pero lo cancelé porque Henry pilló una gripe horrible. La segunda vez que la dejé plantada fue en el último minuto, porque *The New Yorker* acababa de rechazar un relato de Henry y quería que me quedara con él y lo ayudara a animarse. Después de eso, Alicia empezó a escribirme mucho menos, lo que me pareció... justo. Me siento abatida cuando recuerdo lo que Henry me dijo, que mi vida giraba en torno a él.

Me aclaro la garganta.

—Bueno, aunque me encantaría ir a los pubs del Soho con mis muchas amigas, tengo que dedicar toda mi energía a escribir mi último libro de *Arroyo del Caos*.

La señora Casablanca se traga el resto de la galleta y me mira con sorpresa.

—¿*Todavía* no lo has terminado? Ay, madre mía.

Le relleno la taza de té y me río amargamente.

—No me siento muy inspirada estos días. Además, ¿sabe? He estado extremadamente ocupada lloriqueando en el baño.

—Yo tuve el mismo problema el invierno pasado —me confiesa la señora Casablancas, tomando un enorme trago de té—. Fue un bloqueo creativo total, de buenas a primeras.

—Lo siento. Es lo peor.

—Ya te digo. Estuve tres semanas enteras sin hacer nada. Ni gorros, ni ropa... Ni siquiera una funda de cojín, y ya sabes cuánto me gusta hacer fundas de cojín.

Miro el sofá de soslayo: está abarrotado de cojines con todas las fundas que le he comprado a la señora Casablancas en el transcurso de los años.

—Lo sé.

—Cuando me pasó, pensé: «¡Ya está! He agotado mi vena artística. Ya puedo morirme. ¿Qué sentido tiene la vida sin creatividad?». Y entonces vi una publicación en Internet sobre la ley de la atracción y me sentí intrigada de inmediato. ¿Has oído hablar de la manifestación creativa, Gertie? Es increíble. Aled me dio unos libros de la biblioteca, encontré algunos artículos *online* y vi un vídeo de YouTube que se llamaba «¡Desbloquea tu magia con la ley de la atracción!». Al día siguiente (al día siguiente, en serio), mi veta artística volvía a estar tan llena como el Ganges.

—¿La ley de la atracción? Suena genial, pero ¿qué es exactamen...?

Antes de que pueda terminar la pregunta, la señora Casablancas golpea la mesa de la cocina con ambas manos, sobresaltándose. Se le derrama un poco de té de la taza, que salpica el cuaderno en el que he escrito cero palabras.

—¡Lo haremos juntas, Gertie! —declara—. Una ceremonia de manifestación. Esta noche hay luna llena, que es imprescindible para una ceremonia de manifestación exitosa. ¡Debe de ser el destino! ¡Vamos a hacerlo! Te ayudará con tu bloqueo creativo, sé que lo hará. —Se levanta de la mesa y empieza a recoger los gorros y a guardarlos en la caja de plástico—. No te preocupes, yo lo prepararé todo.

Hago una mueca. ¿Cómo podría decirle que no sin ofenderla?

—¿Una ceremonia? ¿De *manifestación*? Aunque me gusta pensar que tengo la mente abierta, señora Casablancas, todo esto suena un poco...

—¿Hippy? ¿Magufo? A mí también me lo pareció la primera vez que leí al respecto, pero me sentía tan desesperada que estaba dispuesta a probar cualquier cosa. ¿Tú no estás desesperada, Gertie?

Pienso en Ethan, arrodillado, sosteniendo en alto la caja del anillo. En Cassidy, mirándolo, dividida entre su amor por ese hombre y su miedo a lo desamparada que ese mismo amor la hace sentirse a veces. Los dos se han quedado atrapados para siempre en el último capítulo del cuarto libro. No puedo dejarlos así, en el limbo. He deseado darles a Cassidy y a Ethan su final feliz desde el mismo momento en que llegaron a mi cabeza, totalmente configurados, esa extraña y triste mañana de hace cuatro años.

Era el 20 de agosto, el cumpleaños de Josie, y ni siquiera había pasado una semana desde su funeral. Me había metido en la bañera para llorar con el consuelo de las burbujas con olor a lavanda cuando, de repente, una mujer llamada Cassidy Oakley me apareció en la mente, clara y cristalina, en nítido HD. Tenía unos veinticinco años, era rubia y con las mejillas sonrosadas, y estaba conduciendo; pasó junto a un letrero de madera que decía «BIENVENIDOS A BEDLAM CREEK, TEXAS», lo que me pareció raro teniendo en cuenta que yo nunca había estado en Estados Unidos, y mucho menos en Texas. Pero allí estaba ella, como si una película se me reprodujera en la mente, de camino al funeral de su padre, un vaquero llamado Big Chip Oakley, nerviosa ante la perspectiva de encontrarse con su malvado hermanastro, River Oakley, pero deseando ver el rancho Oakley, el lugar donde creció, después de casi diez años. Había leído de autores que habían experimentado una inspiración así, la repentina aparición de personajes totalmente configurados, listos para llevar. ¿Era eso lo que me había pasado a mí, en el baño, en mitad de una crisis?

La curiosidad, la distracción que me proporcionó aquella visión, fue para mí un gran alivio, una bendición, sobre todo porque lo único que había sentido desde la muerte de Josie, dos semanas antes, era una implacable y profunda tristeza, además de un remordimiento que hacía que me dolieran los huesos. Recuerdo que dejé de llorar mientras me imaginaba a aquella rubia decidida y segura de sí misma cantando algo de Kate Bush en su descapotable rojo con tanta pasión que estuvo a punto

de no ver al atractivo médico que cruzaba la polvorienta carretera en bicicleta. Ese hombre era Ethan Calhoun, y no solo se fijó en ella: se quedó inmediatamente prendado. ¿Qué necesitaba Cassidy? ¿Cómo encajaba en ello el atractivo e inteligente hombre de la carretera? ¿Y qué sería del famoso rancho Oakley ahora que Chip Oakley había muerto? ¿Tendría Cassidy la oportunidad de trasladarse al lugar que tanto había amado? ¿O se lo impediría su mujeriego y mezquino hermanastro, River, como siempre había hecho?

Josie siempre me había animado a hacer algo con mis sueños de ser escritora, a dejar de esquivar mis deseos. Solía decirme: «¡Échale agallas, Gertie!». Era su modo de decirme que le enseñara al mundo aquello de lo que era capaz. Así que me tomé la repentina llegada de Cassidy, ese día concreto, como una señal de que quizá debía intentar escribir una novela. Allí estaban los personajes y la ubicación, servidos en bandeja, y al menos me ayudaría como distracción del insoportable dolor que sentía. Cassidy, Ethan y los dispares residentes de Bedlam Creek, Texas, le habían hecho compañía a esta británica obsesionada con el romance desde entonces.

Al menos, así había sido.

Pienso en los cada vez más preocupados correos de Bridget, en los mensajes que recibo de los lectores diciéndome que esperan con impaciencia el último libro. Cuánto han esperado a que Cassidy Oakley consiga todo lo que siempre ha querido, a que Ethan Calhoun termine por fin su formación como cirujano, a que River Oakley reciba por fin su merecido. Pienso en cuánto echo en falta

a estas personas que han vivido en mi cabeza tanto tiempo. Mi corazón los añora.

—Porque a mí me pareces realmente desesperada —me dice ahora la señora Casablancas—. No te ofendas.

—No me ofendo —miento—. Y tiene razón. Estoy desesperada. Pero no estoy segura de que una ceremonia...

—Gertie, de no ser por la ceremonia de manifestación creativa que hice, tú no llevarías el magnífico gorro que tienes ahora mismo en la cabeza. ¡Ese gorro ni siquiera existiría! Lo siento, pero tienes que salir de este bucle. No soporto más lloriqueos. Ni una noche más. En serio, ¿qué tienes que perder?

La señora Casablancas recoge su caja de plástico de gorros y se dirige a la puerta. Yo la adelanto para abrir. Lo último que quiero hacer esta noche es una absurda ceremonia con mi vecina. Tenía planes para hoy: más cócteles Tucci, más carne a domicilio y llorar con la cara aplastada contra una almohada en lugar de libremente en la bañera. Pero no puedo decirle a la señora Casablancas que no, no solo porque sería muy grosero, sino también porque ella es la única persona con la que cuento hoy en día.

Todavía tienes a mamá y a papá, replica una voz vaga en el fondo de mi cabeza. La descarto, como siempre hago.

—Vale. —Levanto las manos, rindiéndome—. Vamos a hacerlo. Tiene razón. Es patético, pero no tengo literalmente nada que perder.

—Buena chica. ¡Achuchón! ¡Ven conmigo! —le ordena a Achuchón, que estaba escondido junto a la estantería mordisqueando unas pantuflas de Henry que yo podría (o

no) haberme aplastado contra el corazón en los momentos más patéticos de la noche anterior.

Achuchón no le hace caso.

—¡Achuchón! ¡Sándwich Reuben! —prueba. En respuesta, el animal suelta de inmediato la pantufla y corre hacia ella para sentarse dócilmente a su lado. La mujer se dirige a mí en un susurro—: Hoy no tengo sándwich Reuben, voy a comer crema de guisantes, pero eso él no lo sabe porque es un perro. —Me guiña el ojo—. A las ocho en punto. En la azotea. Trae tus novelas. Te traeré tu caftán un rato antes.

—¿Mi caftán? Espere, ¿qué?

—Confía en mí —responde, y regresa tranquilamente a su apartamento sin mirar atrás. Achuchón sale corriendo tras ella, pensando en sándwiches—. Tu vena artística estará a rebosar en un periquete.